



EL ÁNGEL HUIDO

ANTOLOGÍA



FABIO VARGAS OSPINA







SEHAAT

KEMAHALIHATAN

EL ÁNGEL HUIDO



OBRA {ABIERTA

Libro n.º 7



ZEUXIS VARGAS ÁLVAREZ

Director

FABIO VARGAS OSPINA

Ilustrador

FABIO VARGAS OSPINA

GEISON GARCÍA OLIVARES

ALEJANDRA GARCÍA MOGOLLÓN

NARDY MUCHICÓN ANDELA

ZEUXIS VARGAS ÁLVAREZ

Comité Editorial

SESHAT EDITORIAL, promueve la divulgación de los principales géneros literarios: *poesía, cuento, novela, ensayo, teatro, literatura fragmentaria, literatura infantil, literatura juvenil, crónica, reportaje, literatura académica y obras clásicas.*

La clasificación, edición, diagramación y organización de todos los materiales están pensados de la forma más placentera y eficiente posible, con un equilibrio de todos los elementos necesarios para cumplir con la finalidad de otorgar a cada lector una singular y selectiva biblioteca.

Autores nacionales e internacionales hacen parte de las posibilidades de estilos, registros y formas, estableciendo con ello una miscelánea rigurosa y contemporánea que permite la promoción de escrituras en constante evolución y que buscan transformar la lengua y enriquecer la literatura. Las ediciones, económicas y en formato rústico, cuentan con una presentación homogénea y agradable a la vista.

Todas las historias buscan atrapar lo etéreo, persiguen la magia, sueñan con lo imposible. La intención final de este proyecto es que la literatura pueda estar siempre al alcance de todos. Bienvenidos a este mundo, el mundo de la EDITORIAL SESHAT, protectora de los libros.

ZEUXIS VARGAS ÁLVAREZ

Director

FABIO VARGAS OSPINA

EL ÁNGEL HUIDO

Antología

Colección Obra abierta - Vargas Álvarez, Zeuxis

El ángel huido / Fabio Vargas Ospina. -- Bogotá:
Seshat editorial, 2020

74 páginas; 23 cm. -- (Colección Obra Abierta)

1. Poesía colombiana 2. Obra Abierta - Poesía 3. Confesional - Poesía
4. Antología - Poesía 5. Poesía de contemporánea - Colección

EL ÁNGEL HUIDO

© DE LOS TEXTOS, LOS AUTORES

© SESHAT EDITORIAL

Primera edición, 2020

TALLER DE EDICIÓN SESHAT

SESHAT EDITORIAL

COLECCIÓN OBRA ABIERTA, 2020

Creada por: *Zeuxis Vargas Álvarez*

Coordinación editorial: *Zeuxis Vargas Álvarez*

Corrección: *Zeuxis Vargas Álvarez*

Logos: *Geison García*

Imagen de portada: *de descarga libre de los buscadores de la web*

Diagramación electrónica: *Zeuxis Vargas Álvarez*

Finalización del diseño: *Zeuxis Vargas Álvarez*

Correo: zeuxisva@gmail.com

Celular: 3104821715

Bogotá D. C. Colombia



Para reproducciones totales o parciales por cualquier medio, se debe contar con el permiso y/o autorización por escrito de SESHAT EDITORIAL.

Tener en cuenta para cualquier uso de la obra la Ley 23 de 1982

Se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución No comercial-sin derivadas 4.0 Internacional.



FABIO VARGAS OSPINA

Artista plástico y escritor, Licenciado por la Universidad Francisco de Paula Santander en Desarrollo de la Creatividad a través de las Artes Plásticas.

Expuso en la Gobernación de Cundinamarca, y en el C.E.P., en Bogotá

Trabaja variadas técnicas plásticas que van desde el dibujo en todas las expresiones hasta propuestas cromáticas bejuquistas de carácter surrealista.

Su hacer literario abarca el ensayo, el cuento y la poesía.

En poesía con los libros: *Llama Negra* (edición artesanal, 1969, Pereira), *Los duendes cautivos* (Uniediciones, 2018, Bogotá), *Exhabruptos para desencantar unicornios*, *Trebolario erótico*, *Itinerario de las presencias*, y este *Los lugares que me habitan* (Seshat editorial, 2019, Bogotá), entre otros.

En cuento con libros como: *Los cuentos de taitafá*, *El esplín del druida*, *El desván de los espejos* y *Del gran vacío*.

PRÓLOGO

Cazador de naderías, inxiliado, hacedor de proyectos inconclusos, pintor de poemas, escéptico enternecido por los pequeños placeres, esteta y asceta. Eso es Fabio Vargas Ospina. Su poesía sólo habla de sí mismo como un lugar donde se presencian desilusiones, desengaños y frustraciones. Su palabra va hacia el ayer buscando sentenciar años, acontecimientos y vida. No es testimonio, es un legajo de reconvencciones, de reparos que se evocan como cosas apenas entrevistas por la desencantada memoria. Pero este carácter de su poesía sólo es una orilla, su advertencia, su inquietud y su recelo. Adentro fluye el creador de metáforas oníricas y nostálgicas. Cada poema palpita hacia una pasión inevitable. El amor y el ardor por el conocimiento y el arte transparentan la personalidad de un hombre que se hizo a sí mismo desde el imposible de todas las realidades que lo cercaban.

Esta antología es su crepúsculo, la evidencia de un cazador que vio, en la nulidad misma que fustigaba a toda creación realizada por sus manos, una sabia forma de aguantar el mundo. Formula paradójica en la que despachó la vida.

Agrandamos pues, la colección *Obra abierta*, con *El ángel huido*, una muestra antológica de poemas de uno de los poetas que vivió el arte desde el inxilio.

Entrar en la colección *Obra abierta*, significa sumergirse en las hondas señales de los más intrigantes poetas de Colombia y el mundo. Es dar, con un reflejo siniestro que instituye el umbral de la otra realidad. Prolongamos la dislocación sublime, a través de *El ángel huido*.

ZEUXIS VARGAS
DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

DESOLACIÓN

El esqueleto de un gallo pedante
estira su sartal de vértebras
hasta desgañitar la diana
mientras una comadreja que jamás ríe
burlona ríe ahora
al escaparse de las garras
de un gato fantasma que
alérgico estornuda granizos
entre un jardín de flores macilentas.

Escondido el viento entre las campanas
de una iglesia desvencijada
se sale a ensayar sinfonías
en los huesos de muertas insepultas.

Se escucha el canto hueco
de un río de calaveras entrechocadas
mientras la cinta negra móvil de hormigas voraces
carcome las blanduras del reloj de Dalí.

El tiempo se queda lívido de susto
haciendo un esfuerzo para dejar de existir.

De un árbol flaco dolido de retorcimientos
cae como una lágrima la última hoja.
Sólo un nido de ave deshilachado testimonia
lo que fue la vida.

En la atmósfera desolada
como un caballito de mar pasa flotando
un signo de interrogación:
¿Quién pudo ser culpable?
La arena misteriosa y sucia
dibuja lentamente la palabra HOMBRE.

RETROSPECTIVA

Hay viajes espumando cielos
naranjas en mi sangre
en un continuo disparate
de desaciertos,
de ambivalencias,
de utopías.

Las múltiples expectativas que
emergieron de mis crepúsculos
tomaron grises
mis pinceladas en los lienzos.
Un albatros extraviado continúa
volando en la inconmensurabilidad
color índigo de mis sueños.

Pintor y rapsoda anónimo
sin espectáculo ni prosélitos,
holograma ininteligible
en un continente ignoto,
yazco estatificado doliéndome
de la privación de mi epigrama.

DEL HASTÍO

Mi estro rumia asperezas
en la soledad de una plaza donde
unas palomas se posan sobre un Bolívar desnudo
cagándose en su gloria de bronce.

Mi hastío acude a reencontrarse
con unos recuerdos oxidados mientras
transeúntes van y vienen
como un largo metraje de muertos vivientes.

Una mujer de carnes magras
me suplica por amor a Dios una moneda
preámbulo sagaz para el convidado
a gastar el continente de su languidez libidinosa.

Mi escrutinio de fantasma fastidiado
le hace alejarse desairada
con lento caminar de jirafa extraviada.

Más allá de mí,
otros tan solitarios o más que yo,
fuman, ríen, observan,
o juegan el ajedrez
inmerso cada cual en su silencio y
ajenos al estrépito del día.

Una paloma en vuelo excreta la calva
de un hombre indiferente que emula la inmutabilidad
de esas estatuas de personajes olvidados en los parques.

Pasa un expendedor estorboso
colgado de una montaña móvil de globos de helio
provocando entre los párvulos antojadizos
el atrapamiento de los colores.

Calle arriba, unas cuadras más allá,
una guitarra esparadrapada gime
acompañando la miseria
de una voz casajosa, enferma,
que tartajea canciones melancólicas,
canciones tristes cargadas de saudade,
y me dejo arrastrar por ese túnel
de bullicio y de humores
hacia el azul gris hiriente
de otra tarde cualquiera.

¿A DÓNDE FUE LOT?

Obedeciendo a los eternos
un hombre devora lontananzas.

Una fuente de protones explota
tragándose fugaz el aire.

La hueste exterminadora absorbe las sangres.

El tiempo para huir es incierto.
Volver la cabeza hacia atrás es hallarse
con la mirada de la Gorgona:
piedra y sal.
la mujer contrariando el designio
se desmorona.
Un polvo tóxico lo barre todo
hasta hacer las cosas invisibles.

Lo que antes era ahora es
sólo un infinito rojo.

Llueve azufre carcomiendo las estatuas.
Sodoma es tan sólo un recuerdo dudoso
igual Gomorra.

Nada Es.
Y Lot solitario porfía
un derrotero incógnito

intuyendo convencido
la develación de un horizonte.

La verdad vaga perdida
en el polvo de los tiempos.

EL ÁNGEL HUIDO

En mi recóndito aún vive el niño que disparaba flechas
al hombre que vemos en al luna.

Un niño,
que no se explicaba el misterioso transparente del agua
corriendo su espíritu entre los dedos
como si huyera de la furia que lo anima.

Un niño,
que gastaba un finito en la mirada
siguiendo la estela blanca que dejaban los aviones
rayando el azul firmamento.

Un niño,
que se solazaba lanzando maromas a las estrellas
con la intención de colgar un columpio y
oscilar en él sus disparatadas fantasías.

Un niño,
que se arrastraba con sigilo hasta la cordillera próxima
tratando de sorprender
el lugar donde nacía el arco iris.

Un niño,
que sabía (porque así lo había descubierto)
la cueva donde se ocultaba Ali Babá
y sus cuarenta malandrines.

Un niño que resentido tras una azotaina,
desconchaba con sus dedos la soledad de las paredes
hasta encontrarse con el vacío del otro lado.

Un niño,
que escondido entre la espesura gastaba las mañanas
esperando descubrir el nacimiento de las flores.

Un niño,
que quiso inventar un artefacto complicado
para hacer visible la invisibilidad del viento.

Un niño,
que se impacientaba por verles los pies a las serpientes
y llevar la novedad a todos los que no creían
que fuera posible.

Un niño que, osado,
aguantaba la mirada de las mantis religiosas
tan solo porque quería conocer donde residía
la fuerza de su asalto.

Un niño que se alborozaba ante el milagro
de las cigarras abandonando su exoesqueleto
y que los adultos decían que se reventaban
de tanto cantarle al verano.

Un niño,
que alguna vez
ató un bramante a la patita de un escarabajo
obligándolo a volar hacia las nubes
para que al regreso contara las noticias
de todo aquello que había visto
detrás de las últimas cordilleras que
cercaban el pueblo.

Un niño,
que con cara pedigüeña
ansiaba encontrarse con papá Dios
para que le regalara la luz de las lunas llenas
porque en su casa todavía no había luz eléctrica.

Un niño que se impacientaba
porque la babosa saliera de su caracol
y se diera a la tarea de arrastrar su blanda viscosidad
hasta borrarse a sí misma.

Un niño con los bolsillos llenos
de plumas saraviadas y los huevos
que escamoteaba a los nidos
de las gallinas de Guinea de la abuela.

Un niño,
para el que una raíz cualquiera era Plata
el caballo del Llanero Solitario
el enmascarado que
después de cabalgar por las praderas
pretendía hacer un pacto de paz con
los Comanches, los Pieles Rojas, los Sioux, o los Navajos,
osando participar en la Danza del Fuego
tras fumar el narguile porque
así lo había visto hacer en las ilustraciones de los comics
que cambiaba y coleccionaba en trueque por decenas de corozos.

Un niño que acostado displicente entre un pajonal,
de cara al cielo,
modelaba figuras con espumas de las nubes.

Un niño al que papá y mamá en las noches
sacaban de su burbuja de ensueños
pidiéndole buscar

la dulce compañía de un ángel de la guarda
que él nunca vio.

Un niño,
al que papá y mamá entre halagos y caricias
exorcizaban las fiebres, los duendes, los diablos y otros endriagos
que poblaban sus pesadillas
y se asombraba por la forma con que lo lograban
cuando él con su espada y sus flechas
nada podía contra aquellos.

Un niño al que nadie pudo romperle
el cielo de su libertad ni su alborozo
porque nada sabía entonces del mundo ni su maldad.

Un niño,
que habría de perder sus alas al encontrarse con el hombre
esa bestia maldita que infecta los espíritus.

De ahí en adelante
sólo habría de buscar inútilmente
un lugar en las estrellas donde, tal vez,
se refugiara Dios.

LA OTRA INFANCIA

Conocí, de verdad,
la mueca del duende coji-tranco que
con una pluma del ángel huido
hacía cosquillas a mis pies desnudos fuera de las cobijas.

Un duende que me chupaba las palabras
dejándome sin grito para pedir auxilio e impedir el escape
al lecho de mis padres
y me dejaba así, zozobrando, cautivo en algún lugar del sueño,
sin tiempo para el llanto.

Me levaban a la iglesia hasta que mis pies se encalabraban
oyendo sin escuchar,
las feroces diatribas de hostigación del cura desde el púlpito
pero que, entonces, con mis escasos años,
no conseguía entender más allá
de las luminarias y del humo de los inciensos.

Vi pintar los balcones de mi pueblo
con el color del odio hacia el contrario y
hasta escuché en la extensión de los rumores que
se firmaría un pacto de paz en Benidorm.

Conocí la lengua de las llamas
comiéndose la paja de los ranchos
y las chispas de la impotencia cribando el aire que
hacía más pánico el blanco de los ojos.

Vi a los hermanos de mi padre
llenar de pólvora y esferitas de plomo
el ánimo de sus armas hechizas como única manera
de exorcizar el miedo y su ignorancia.

Conocí en la sala de mi abuela el retrato de un gobernante
vestido con paño inglés y guantes blancos
azuzando con sonrisa socarrona
un odio bastardo entre el paisanaje.

Cabalgaban escalofríos en el viento entre vivas a Cristo Rey
y fusilazos que mordían la oscuridad de la noche y de las almas.

Conocí el sinsabor del éxodo hacia
cielos más oscuros que el propio y
se me fue empozando el ánimo de soledad y de indiferencia
hacia Los demonios de los porqués
en el ajedrez de la vida.

SAUDADE DE UN ÁNGEL VIEJO

Un ángel con las alas hechas con los vilanos
de la flor diente de león
reposa en la memoria de mis sueños.
Memoria de un tiempo huido.
La única luz de las rendijas
por donde mi padre me pedía
espiar a las comadreas
que se robaban los polluelos.

Había un puente de dos raíles
y una baranda de guadua sobre el río,
y del otro lado
la casa de la abuela humeando
entre el arriñonamiento del cafetal.

era yo un niño,
un ángel extraviado con alas de celofán
que daba envidia a las libélulas.

Chapoteaban bagrecillos en el humedal
y un fuego alegre se anticipaba
entre una cruz de piedras
en la orilla del playón formado
por las rabetas de las crecidas.

En navidad me alucinaban
las luces de bengala que

se abrían en domo
dejando a la noche asombrada
en medio de un baño fantástico
de guiños de luceros.

Reventaban los cohetes
y era alucinante y raro
el acre olor de la pólvora y del humo,
del musgo y de las bromelias.

Chapoteé mis pies desnudos
en las charcas del camino,
liberé al periquillo de la jaula
y le eché la culpa al gato y
miré pasar en punta de flecha
una formación de garzas
al atardecer.

Perseguí obcecado
a un racimo de mariposas en el camino;
y disparé resorterazos
a un zurrón de avispas amarillas con cintura de mujer
que correspondiendo a la agresión
trazaban claves de sol en mi búsqueda
y me alelé en el vuelo suspenso de las libélulas
que con afán disparatado
ansiaba atrapar en el aire.

Era un ángel con las alas de calceta
que eran para mí de celofán
y alcanzaba a hurtadillas los frutos
que pintoneaban en el huerto.

Con los brazos en cruz me tragaba el viento
que azotaba la cumbre del pajonal
junto a la entrada del monte de los sustos.

Me llenaba los bolsillos
con las plumas jaspeadas
de las gallinas de Guinea de la abuela
una hechicera blanca que
olía a tabaco y a pollerín sudado
y que sin ser boticaria conocía
la panacea para todos los males
en el maceramiento de la rama,
de cada raíz, de cada flor, de cada brote y
conocía la puntual estación de la siembra
con sólo leer la posición de la luna.
Una maga que en los atardeceres con tormenta
trazaba círculos con ceniza
incinerando palma bendecida,
sumada a la invocación de santa Bárbara bendita
patrona de torrenciales y relámpagos.

Hubo ocasos polícromos que se desbarataban
sobre las cordilleras guardianas de mi pueblo
y parían sombras misteriosas
hasta la punta de la aproximación del sueño.

Eran mágicos los días y el arco iris envidiaba
las alas de celofán de mis ensueños.

Hoy, otro ángel cansado y solo
con alas hechas de hojas viejas
recuenta ausencias
jonjoleando duermevelas.

El ángel con alas de celofán vivió real.

EN LA ALCOBA DE VAN GOGH

El cubrelecho rojo tenía la huella de tu insomnio;
El cabecero de la cama olía a arce,
a roble, a pino, a tierra ocre,
al aroma esquivo confundido por añejamiento.

El mono del trabajo
teñido groseramente por los pigmentos
colgaba del perchero mostrando el último azul
de tu noche con estrellas
y el amarillo mantequilla de la siega.

La silleta cerca al lecho resentía soledad
mientras tú vagabas por los caminos de Arles.

El sombrero esta vez
no salió contigo al campo
condolido de la ausencia de tu oreja.

Había inmutabilidad de todas las cosas;
faltaba la locura.
flotaba en la atmósfera
la impresión de tu barba bermeja,
y el azul del líquido y frío de tu mirada ida
arrebata por la genialidad.

(Theo aún se duele de tus desvíos).

Tu alcoba supura soledad a duras penas
al aire cribado de colores.

El maderamen del piso esconde crujidos
temeroso del fantasma,
que ha de entrar en cualquier momento
con un vendaje en la oreja que ha perdido.

Espectador furtivo siento que soy
mesa, cuadro torcido, ventana, cualquier cosa
entre las pocas que no han huido
impedidas por el desorden.

Perdóname Vincent van Gogh
si como ladrón sigiloso entre a tu alcoba.

A FRIDA KHALO

Una lluvia de clavos en el espejo
apunta directa a la piel y al alma.

Estremecimientos eléctricos
abren el camino a las lágrimas.

Correas y resortes lacerantes,
engranajes metálicos intentan rearmarse
para asumir la forma.

Cicatriz de plomo derretido de la cadera al pubis
en ruta oblicua estila torturas
más allá de la fecundidad abortada.

La sevicia extendiéndose, ahogando,
ocupando todo lo recóndito y
esa ansia de evacuarla en ramas,
venas, sombras, eclipses,
vomitarla toda.

No obstante,
las alas de una golondrina le ensimisma el ceño
en mágico ensueño,
de colores martirizados,
de luna y tierra,
de faldas tehuanas,
sombrosos de pobrería,
de catrinas, fábricas, murales y
el “viejo panzón” en medio.

Alma vegetal ata raíces gangrenadas
que ortigan, que carcomen...

El pie en poda feroz pierde el signo de la huella
y el hambre de los caminos.
Sólo el acoso de los dardos
hienden con precisión la diana.

Dos lamas, dos mujeres, dos estigmas, una misma
expectan impasibles a Santa Muerte
en danza comunista.

PLENILUNIO ERÓTICO

Alcahueta y anémica la luna a las ocho en punto rodó en la playa
y se hizo añicos al caer en el río.

Con ojos taimados un caimán la observa calmo
petrificando simulacros.

Por las huellas que levan a la choza
se alargan dos sombras abrazadas.

Una sarta de puñales escamados rubrican ahogamientos sobre
/el hombro
y a cada paso del pescador la red entrechoca las palomas.

Acabada la senda se expande el calor familiar del patio
y un gozque alegre exagera retozos y estorbos.
Convidadora la negra ríe mostrando una blancura
que hace morir de envidia el corazón del cocotero.
Sensual y besadora se empina tensando sus nalgas de potra
presas entre el acoso de las manos del moreno.

Huele a hembra en celo la fronda, y la luna,
para no pecar de voyerista,
se oculta taimadamente
en el contraluz de las palmeras.
Sobre la red abandonada yacen muertos los peces.

La noche oliendo a hembra
se desmaya en entregas.

El gozque gruñe a la lechuza,
la lechuza alza vuelo en las sombras;
El caimán se hunde en el agua y la morenura dual sufre
espasmos que se confunden con los soliloquios del río.

La hamaca cuelga de las sombras.

LA NOCHE DE LAS ZARIGÜEYAS

A Rosa Elena Álvarez

En la noche oscura,
en un pueblo muy pequeño,
bajo los mangos en cosecha
que rodeaba al campo de deportes,
yo escuchaba historias largas,
que contaba una mujer muy blanca
aureolada de sortilegios.
Llegaba con sesgos de diosa,
los cabellos de heno en cascada
y una sonrisa muy duende.
Tenía unas manos de luna
que se despedazaban en cristales
dejando pasmado el aire
y muy quietas a las zarigüeyas
que devoraban los mangos.

Como una encantadora de najas
fascinaba con unas historias
que ella misma terminaba
creyéndolas, en parte, ciertas.

Era alegre y radiosa
en la noche húmeda y tibia

mientras sigilosas las zarigüeyas se paseaban
por entre las ramas de los mangos.
Sin ser la inspiradora de Homero
tenía épico el nombre
de aquella reina fatal
que sólo por su belleza
hizo que prendiera el fuego
en las murallas de Troya.

Era sabia, ingenua
y tan blanca que caía
en serias sospechas de etérea
porque parecía alzarse en el aire
entre una estela de misterios.

bellas eran sus noches
cargadas de imaginarios,
y muy blanca y franca la risa.

Absorto yo junto a ella
en el escaño la escuchaba mientras
caían los mangos maduros
mordidos por las zarigüeyas.

plena de besos y ensueños
se retiraba a su alcoba
dejando detrás la seda
de su caricia y su magia.

Maduraban los marañones
hasta volverse de sangre
y había olor a naranja pomelo
en la apacible quietud del huerto.

Era tibio y húmedo el ambiente
en aquel pueblo pequeño...

y abotagadas eran las noches
cargadas de intensa calma.
Hubo una sacerdotisa blanca
con una risa muy mágica
que alelaba a las zarigüeyas
que se empanzaban de mangos.

EL MONSTRUO QUE ME HABITA

De no ser por el límite de mi piel
todos entrarían en mí
como monstruos invasores,
carnívoros prehistóricos,
más cuando al contraluz los veo allí,
huyo hacia adentro,
hacia mi recóndito iluminado.

Solo soy yo cuando me contraigo
porque conmigo me hallo,
más infeliz soy cuando asomo.

la piel más que cárcel es castigo
donde habitan y trasiegan
abstrusas soledades.

Allí se desata libre mi homúnculo
libre del estigma de mis zalemas,
libre del ataque previsible
de esas sonrisas-espejo
que desnudan a la amable hipocresía.
Se acercan a ti como al animal.

Al que se engaña
con el plumón de una caricia
para rehuir la inminencia del tarascazo.

La piel se abraza en torno mío
como el espíritu
de una llama azul que me libera.

EL REGRESO DE ULISES

La pleamar lo arroja a la orilla de una arena odiosa.

Extiende la mirada oscura cargada de ira asesina,
cansancio y suspicacia.

Ni siquiera parece un hombre así,
recamado de cicatrices de guerra y de los besos de Circe.

Los gritos de unas aves migratorias mimetizadas en la tormenta
no le importan.

Odia feroz a los dioses, a los hombres y a las cosas.
Sombrío y aterrador apenas tiene fuerzas
para apoyarse en el leño que halló en la arena.

Un escarabajo sube lento
por los andrajos de resto de vela
que le cubre la impotencia de saberse náufrago.

Le pesa el leño en que se apoya.
le pesa la espalda.

No paran las premoniciones.
Una maldición le persigue.

Está en tierras de Ítaca, su reino;
veinte años de ausencia y aún reconoce el patio solar
e irrumpe en él como un león herido.

La fortuna le pone al tanto con Telémaco,
frunce el ceño, engarfia el puño y aprieta retorciendo.

Hacedor de argucias prepara la última estrategia.

Echado en el ajedrecedo el fiel Argos
alza la mirada arrugada y pesada por la espera,
lo reconoce.

Suelta una lágrima y muere.

No le alcanzó la alegría para escuchar el silbido de las flechas
siguiendo una ruta única entre el ojo de las hachas.

Después de tantos avatares,
no tengo como Ulises,
fuerzas ni esperanza para iniciar una nueva hazaña.

De mi mirada escapa una tempestad de colibríes oscuros
alegoría de las cosas que ya no serán.

No habrá flechas que silben entre el ojo de las hachas
ni vate que escriba mi último epigrama:
pero tendré, como siempre, un poema entre mis manos.

RESCATE DE EURÍDICE

La barca de la noche sin Aqueronte
(se basta a sí misma)
estila las horas
en una niebla sin miedos.

Sobre un horizonte supuesto
que demarca el claroscuro
una sombra de cancerberos
tarascan el cierzo.

Emanaciones de miasma
serpean cortinajes azufrados
en una falsa aurora boreal
sobre un chapoteo de légamo letal.

El guerrero que cruza el Hades
encuna impertérrito en sus brazos,
tintos en sangre victoriosa
la desnudez desmayada de la mortal
arrancada a las garras
del terrible e inescrutable báratro.

Cancerbero acéfalo
vomita a intervalos débiles flamas
sobre el espumarajo
de su sangre verde.

En la boca de la caverna
el alba inocente asoma
mientras entre ósculos de oro
la ninfa núbil
despierta de su sueño.

Por vez primera el héroe
se siente vencido,
herido de muerte,
convertido en un acerico
por los venablos de Eros.

EL CLAMOR DE PATROCLO

Dime el color que perdí cuando tomaste la cruel lanza
y te ceñiste el áureo casco de horrorosa cimera.

Por los postigos de la tienda se veían las llamas
mordiéndome furiosas las murallas.

Presintiendo tus pasos en las noches
y con mi desnudez urgiendo en deseos
sucumbí sumiso a tu cubrimiento
bañándome en tu huella de sudor y sangre
entre sábanas y escudos.

Matador aterrador de hombres,
la sombra de tu soberbia desmedida
persigue y muerde con felonía tus talones vulnerables
que hoyan sin piedad la rubia arena.

Tu raro olor de hombre-dios clava angustias,
agonías y resurrecciones en mi sangre.
Mi falo enhiesto se duele de tus largas ausencias
y no tengo el abrazo osado y cansado de tus músculos
ni el jadeo de bestia divina de tu rostro contra el mío
ni el azote furioso de tus crenchas sucias.

Intuido por la tragedia no admito tu declive.
Afuera de la tienda cunde barahúnda.
Harto de devastación Priamo eriza de guerreros

la muralla inexpugnable y
desoyendo las premoniciones de Casandra
espera el temido arribo de tu carro y
de tus músculos asesinos.

Paris raptor apresurando la fatalidad
accidentará inclemente
el imperdonable error de Tetis.
la celeridad del venablo acicateará tu fin.

Imbuido de recóndito temor mi clamor no admite tu sino
e imprudente e iluso
por emular sin méritos tu hazaña
acudo a la contienda.

Me regarás por ello en llanto y desespero
y se retraerá la arena horrorizada
teniéndome laxo entre tus brazos.

Te hallarás vacío y solo sin mí y
rabioso de vindicta soltarás la fiera sádica,
no la misma aquella que con garras de seda
y dionisiaca lujuria atemperara
ansias salvajes en mi carne
en las malditas pausas de la guerra.

Hijo cruel de Tetis, no lamentes por mí,
los dioses vagan enceguecidos y sordos,
la barca de Aqueronte cansa sus remos,
ya tengo el óbolo en la frente y siento
el frío miasma de la Estigia.
Cíñete matador de hombres la espada,
cálzate el asco de horrorosa cimera,
búscate espacio en el caballo de Epeo
constructor como Ulises de señuelos,
prepara la antorcha y cumple tu designio:
inspira al vate tu epigrama.

QUERRÉ

Volverme ectoplasma
eso querré.
Alojarme en la concavidad
de algún cráneo olvidado.
Auscultar las verdades ocultas,
invadir las muertes olvidadas,
las muertes anónimas,
las inocencias culpables.
El viento traerá voces
que harán eco en las cuencas
gritando los nombres malditos
y el silencio cobarde
de aquellos que calaron.

MORIMIENTO

He de morir un día
de distancias,
de crepúsculos,
de autoras y de olvido,
pájaros, ríos y primavera,
pero jamás de invierno:
odio hasta la saciedad el invierno.

He de morir de azul abigarrado
y de trigales,
de cielos estampados
de ósculo y sonrisa,
pero jamás de invierno:
el frío no paralizará mis huesos.

PESADILLA

Tironeando lonjas de piel el cuervo
te hacía entrar en esa verdad tácita de que la existencia es nada.

En el blanco de tus ojos sin párpados la clepsidra revelaba la burla bufa,
espantosa y ridícula de la parca.

El viento silbaba en el arpa de tus huesos
su canción de hielo.

Al final del amanecer un sol tibió tu despertar
y echaste a errar tu osamenta por el mundo de las premoniciones,
de las revelaciones,
de la profecía y nuevas muertes.

Sólo una profecía trágica y maldita te sobrevivió al olvido.

INTRÍNGULIS

Es mentira que Dios tiene rostro,
la divinidad no puede parecerse al Hombre:
por nuestras iniquidades carecemos de imagen y semejanza.
Dios es todo aquello que el hombre nunca llegará a entender.
Dios es un todo en medio de la Nada,
o una ecuación indescifrable en medio del todo.
Incapacitado el Hombre para entender el misterio,
a cambio, le teme y a la vez le ama.
¿Cuántas formas de tentáculos tendrá el misterio?
¡Qué concepción más horrorosa para amarnos!
¡Qué concepción más horrorosa para amarla!

Dios es un invento y un evento y nosotros el resultado.
Dios es una hipótesis trascendental.

Si desaparece la Humanidad, desaparece el concepto de Dios.

De llegar al Apocalipsis,
¿Quién entonces sobrevivirá para resolver el intríngulis?
Si por fuerza de fe es creerlo cierto
entonces nadie podrá expresar que Dios existe.

Mirando al Hombre Dios bosteza,
y se cruza de brazos de aburrimiento.

RENOVACIÓN

Mi estro alucinado
—albatros de extravíos—
tiende su vuelo
sobre una mar de desaciertos.

Errante de otros lapsos
suprime las tormentas
y obsta el horizonte ambiguo.

Sin embargo,
frente a lo ignoto percibe
que la distancia gesta augurios
y Cronos benevolente urde
señales inequívocas.

Albatros extraviado
Ícaro es ahora
que con cansadas alas
tórñase asertivo,
renueva el ánimo
alzándose osado
hacia una galaxia cegadora
de nuevos ensueños.

CASTIGO

Cierra los ojos y entra al paraíso donde Adán el expulsado se yergue proclamándose padre de la humanidad.

Luego somos la heredad de todo lo maldito.

Abre los ojos y te encontrarás
con la mirada del Ángel Exterminador
el del blanco ocular sin iris y la espada flamiguera.

El final de todo habrá llegado.

Adán, al revés es NADA.

DEL ABANDONO

No esperes más al guarda-agujas
que te ha de señalar el último vagón
de la última locomotora entre la niebla.

Dirige la mirada hacia
la semi-luz perpendicular allá en el horizonte.
El descarrilamiento empezará
cuando abandones el acceso a la locura
sinónimo de la devastación decisiva
más allá de los sueños,
ahí donde comienza el derrumbe de la sangre.

No quites la mirada del horizonte y no regreses
al lugar donde presentiste
que viniste para morir por fuerza
de utopía y desencanto.

No esperes más al guarda-agujas.

NOSTALGIA

La ciudad me espera llena de recuerdos viejos
desdibujada ahora por una andanada de novedades tácitas
que vuelve loca a la brújula de mis memorias.
Extiendo en abanico la mirada y no me veo,
no me encuentro.
Siento que me extravió entre cosas que fueron.
Todo asume la presunción de un sueño.

me siento fantasma buscando la salida en el espejo.
hay un río de realidades desbocadas
corriendo en otro tiempo en esta urbe.
Mi ciudad antaño ya no es.
No hay ahora
la avenida de los árboles copiosos de un verde alegre
donde anidaban, cavilaban, y cagaban las garzas,
señalándome el camino a casa.

No hay ahora
el aeropuerto pequeño donde
el ruido de los aviones al decolar
acallaban el ruido pavoroso de las fieras.
(Había un zoológico en el costado oeste del aeropuerto).

Las veredas que fueran fuente de mi empatía
se encogieron arrinconadas
por la expresión de los complejos urbanísticos
y los caminos polvorientos son ahora
una invasión de rodamientos de mega-buses.

CANTO DE LA DESESPERANZA

Soy un Cazador de Naderías
que se quedó en las visiones
de Escher y Dalí
víctima consuetudinaria
de una metalepsis paranoica y
náufrago
en un mar de bestiarios y de utopías.
Calienta mis arterias
un río de luciérnagas,
de pájaros fantásticos,
de agutís y zarigüeyas,
de pasionarias y catleas,
de serpientes emplumadas,
de Homero, Esquilo, Borges, Bach,
de nube y piélago.
Soy un cazador de naderías
émulo infame de
los oradores del Valle de Neander.
Sorprendido sin asombros
converjo en el punto en fuga de
los descubrimientos áridos
y los inútiles sucesos:
el apacible misterio del Planeta Rojo,
la clonación, esa inepticia
irreverente contra Natura,
la terca persistencia hecatómbica
del Medio Oriente

o el Alter Ego insoportable
de los descendientes del Tío Sam.
Proclamo en mi proclividad
mi escepticismo irredento
por las apologías apocalípticas
de los credos obsoletos,
las apologías del fascismo,
el superhombre de Nietzsche
y la politiquería sanguijuela de los pueblos.
Creo tan sólo en la vida maniatada
por los eslabones donde esconde
su impredecible indecisión
bajo la oscura caperuza
la calva pálida visitante
de lo único absoluto.
Alimento mi alma torpe
de espejismos y ciclones
e intuyo alucinado, errático,
sangrientos venablos
en la diana de Selene
mi trágica-cósmica agonía bestiaría
se refleja en la clepsidra
y evoco cosas olvidadas:
falsas tabas dentro de una copa
hecha con el esplín de un clown
donde entrechoco suertes
estremeciéndome culpable del absurdo.
¿A qué éste ahora rutinario
de un oficio antiguo
donde el tablero acrílico paradoja
la curiosidad de un río de impúberes
cribando mi ánimo de sensibilidades,

poemas inacabados, aprenderes y acertijos,
discursos y ensueños de colores?
¿A qué este universo mío adentro
resonante de un pueblo
de imágenes y sensaciones,
de resurrecciones y nuevos morimientos
de apiñamiento de xilófagos
abriendo túneles en mi soledad,
¿Una soledad que impele renunciamentos?
Sin embargo,
hay en el fondo algo mudo, indescriptible,
que resiste lo proclive.
Resistir y no caer
es tener huella de gigante.
Caer es apenas leve arena
donde un tiempo sin memoria
juega su albur.
Espere impaciente la última jugada y no se dio:
mi otro yo o yo en el otro
desintegrando su universo
y reabriendo mis estigmas
acicateó decepciones presas
por la avidez desleal y tortuosa
del efímero vahala de la cannabis.
Espero sin esperar
—pasajero de espaldas a la vida—
con mi escaso equipaje,
sólo, en mitad de los raíles
mirando cansado el punto ambiguo
por donde el tranvía de las ilusiones
se ha ido en medio de la niebla
sin regreso.

ÉXTASIS

Una gaviota ciega vuela en mis ojos.

VICENTE GERVASIO

El viejo chamán hacedor de timbres y campanas
sentado en la sombra de un almendro centenario,
alzó el blanco-huevo de sus ojos reverberados por el éxtasis y
adivinando el paso lento de una caravana insólita de grandezas derrumbadas
orquestrada por algarabías milenarias y sonoras trompas monocordes,
lloró de alegría porque comprendió que en sus ojos muertos intuiría,
de un momento para otro, el vuelo legionario de aves migratorias,
contemplativo y sonreído se ató a la ceiba a esperar el paraíso.
el polvo de los siglos borró
mas no así la sombra de su sonrisa.

TUBALCAÍN

Señor de la fragua y del martillo
Amo del metal, de las altas torres y murallas,
Hacedor del cáliz y la trompeta y el tatuaje,
Forjador de sellos y herramientas,
Constructor de antiguas ciudadelas,
Hermano extranjero en tierras de gigantes,
Concubino del bronce, del hierro, del oro,
Sacerdote del gong,
Con golpes de forja tus hijas
Estirpe de Enod,
Ablandaron como cera la lámina del sol
Y en siglos de heredad escucharon
Estrépito de carros de guerra
Y choques de broqueles amazónicos pánicos
Abrasados en ceniza de estrella.
Hijo del estigma errante,
Efestos infatigable,
Tu sudor y empeño impuso
Marca de fuego a siglos
De símbolos y de címbalos
De calderos y de espadas.

LA AMANTE ONÍRICA DEL DRUIDA

Con los venablos de la brisa
cribándole el rostro barbiluengo
alza la mirada hasta la estrella de sirio.
Un viento energúmeno chilla endemoniado
intentando liberarse del manoteo de las pieles
que guardan la entrada de la tienda del druida.
Can rutilante ladra en las alturas.
Estira los brazos el druida en gestual adagio,
salmodia misterios y recoge luego las manos
escamoteándolas ceremonioso debajo de las mangas.
Con la barbilla flectada contra el pecho
regresa al abrigo de la tienda
pasando como un fantasma entre
el humo purificador de la hoguera del patio.
Hierático, de pies junto a las yacijas
se ensimisma en la húmeda huella
de una invitación rituada en el gollete
de la cratera vacía;
extrae de la faltriquera talco azul de Sirio
y envuelto en una nebulosa
afebra los sentidos y ensueña
una princesa de ojos ámbar
y pórfidos senos
que insinúan una primavera de ambrosía,
la acaricia, las abraza, la funde en ósculos
y girando unido a ella levita evanescente
hasta un infinito de estrellas
en una noche de febrero en Beltaine.

BARCAROLA DE LOS INSOMNIOS

Del blanco de mis ojos lejanos
salen volando luciérnagas de asombros,
míticas aves necrófagas,
aves del paraíso y del infierno,
reptiles con vómitos de bengalas;
gritos, susurros, adagios,
intuición de venablos y de heridas,
de resurrección y reiteradas agonías.
Una mano escarba por dentro
y me sobrecoge la entraña;
mi corazón redobla
en el tambor de la luna,
resuella pálpita la bola del tiempo,
y con la diana de un gallo en el hombro
se caen a gota mis ojos.

ATARDECER

Viviré este mi crepúsculo con alma de amanecer.
Las sombras del ocaso insinúan esas cosas
que en vano osé reparar.

Soy tan sólo, ahora,
sombra china al contraluz en un teatro de polichinelas
con una luna de papel por fondo
pegada con saliva de basilisco
en un cielo abrigado en falso nácar.

La luz es una estratagema
donde optimista, iluso,
escamoteo aún sonrisas y palabras,
formas de nubes, pájaros y lunas.

Por mi cielo naranja vuelan ensueños
de cosas que fueron y que no fueron.
hay todo un corolario de éxtasis,
de locuras...
Boyantes trascendentes...
Aromas a frutos henchidos...
Medios días atascados en fuego y desnudeces,
esquiveces, renunciamentos, ausencias, desencuentros
Y reconciliaciones con la muerte

La vida un día subió como el champán
en una celebración de infinitos

preñando de músicas el aire y
bañando el presente en un río fantástico de
alas de alcatraces y saltos de orcas imaginadas.

Quizá fui un fauno hipnotizado e irresponsable en
una maraña de bacanales donde
la vida apostó su mayor albur.

Nada expira, nada se va;
solo me congracia ese río imaginario poblado de
voces misteriosas o, a veces,
cargados de indescriptibles vuelos de colibríes
tornasolados ebrios de almíbares y de primavera.

hay que vivir el crepúsculo con alma de mujer enamorada
y brindar por la vida o el instante
alzando la copa donde los dioses
solo beben ambrosías.

DERROTA

Empezó a pesarme la vida
cuando empecé a quedarme sin asombros;
cuando me fui abandonando a la indiferencia
perdiendo las nostalgias.

No sé en qué instante enderecé mi barca
hacia el lugar ignoto donde campea el olvido.

Empecé a acostumbrarme al tedio
y a la agresividad invasora de las cosas,
a esas aterradoras siluetas de la arquitectura
que en la noche me roban el guiño de los luceros.

El transeúnte de las extravagantes avenidas
es un estorbo por el que penas puedo ahora
sentir la esquivez a su contacto.

Camino extraviado en mis elucubraciones
dejándome llevar sin prisa, sin urgencia.

Me ahoga este aire envenenado y me duele
el arrinconamiento del paisaje
donde un escaso verde impotente agoniza
supurando con melancolía
la memoria de un tiempo de primavera.

El premonitorio fin hecatómbico capto
sin que llegue a importarme ya

el que habiendo podido Ser no fui
y me sobrevivo apenas
a la porfía absurda del Sobrevivir.

CONTENIDO

Prólogo	11
Desolación	13
Retrospectiva	15
Del hastío	16
¿A dónde fue Lot?	18
El ángel huido	20
La otra infancia	24
Saudade de un ángel viejo	26
En la alcoba de Van Gogh	29
A Frida Khalo	31
Plenilunio erótico	33
La noche de las zarigüeyas	35
El monstruo que me habita	38
El regreso de Ulises	40
Rescate de Eurídice	42
El clamor de Patroclo	44
Querré	46
Morimiento	47
Pesadilla	48
Intrínquilis	49
Renovación	50
Castigo	51
Del abandono	52
Nostalgia	53
Canto de la desesperanza	54
Éxtasis	57

Tubalcáin	58
La amante onírica del druida	59
Barcarola de los insomnios	60
Atardecer	61
Derrota	63

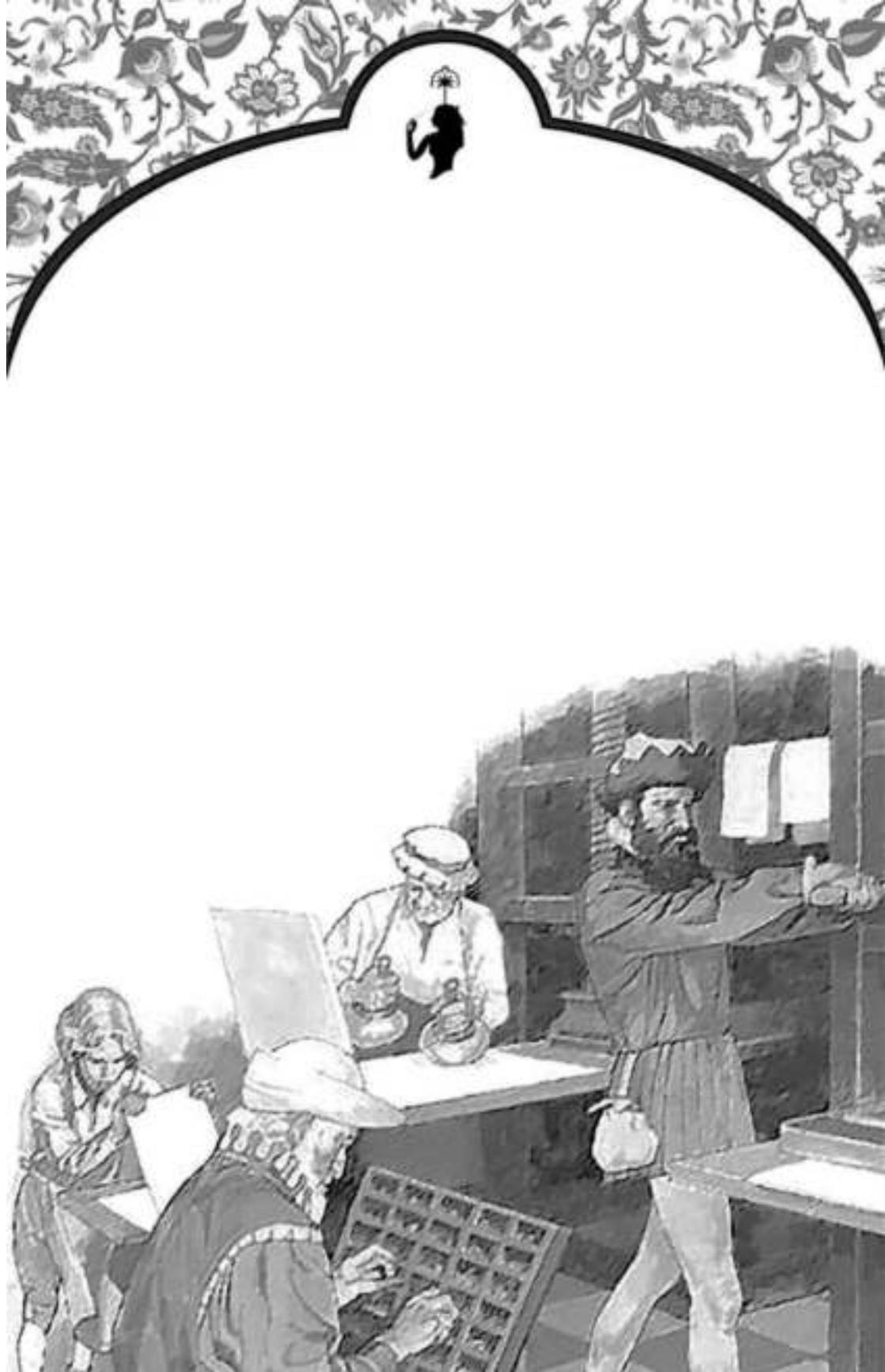
NOTAS

NOTAS



Esta obra se terminó de editar
en el mes de abril de 2020
edición digital
Tipografía: Garamond 12 puntos
EDITORIAL SESHAT
Cra 95 # 71a -34
Tels: 3104821715
Bogotá D.C. - Colombia







OBRA {ABIERTA



SESHAT
Editorial